



Buenos Aires, noviembre de 2016

Circular Nº 563

Para las almas radicadas en lugares distantes y allí donde no funcionan comunidades.

Amados hermanos y hermanas:

Compartimos a continuación el extracto de un Servicio Divino oficiado por el Apóstol Gerardo Zanotti

Texto bíblico:

“Como reconoce su rebaño el pastor el día que está en medio de sus ovejas esparcidas, así reconoceré mis ovejas, y las libraré de todos los lugares en que fueron esparcidas el día del nublado y de la oscuridad.” (Ezequiel 34: 12)

Este es un texto que envió el Apóstol Mayor y nosotros lo tomamos y abrazamos. De hecho es aquello que vinimos a buscar hoy: una palabra. Esa palabra es como que nos toma de la mano y nos lleva de paseo, por nuestro propio corazón y el corazón del hermano, nos lleva por nuestra propia necesidad, por aquello que el amado Dios hizo con cada uno de nosotros, por lo que falta y lo que el Él espera que hagamos. Esa palabra en cierto modo va encendiendo luces en nuestro corazón. Y cuando esto pasa, podemos dar renovadamente y de una manera muy especial, gracias al amado Dios.

Es bueno que día tras día, hora tras hora, Oficio tras Oficio, nos ocupemos de conocer a Dios, no solamente de escuchar su palabra. El propósito de la palabra es que conozcamos a nuestro Padre y también su reino, que conozcamos la morada que Él está preparando para cada uno de nosotros. Forma parte de ese conocimiento y de nuestro entendimiento que las almas del más allá pueden también participar de la gracia y de la palabra. Y por el ministerio de Apóstol, hoy son suministrados todos los Sacramentos para los amados difuntos. Volviendo a lo que decíamos, es bueno que palabra tras palabra nos vayamos sumergiendo en el ser de Dios. No es suficiente con decir que Dios es amor y que esa es su esencia. Necesitamos saber qué es lo que Dios espera de nosotros y qué es lo que Dios obra. Dice en Deuteronomio en el capítulo 8, versículo 2, una palabra que era para el pueblo hebreo:

“Y te acordarás de todo el camino por donde te ha traído Jehová tu Dios estos cuarenta años en el desierto, para afligirte, para probarte, para saber lo que había en tu corazón, si habías de guardar o no sus mandamientos.”

Los sacaba de la esclavitud a la libertad, del sometimiento de los egipcios a la tierra prometida. Uno podía decir: ¿me sacaste para afligirme? ¿Me sacaste para probarme? Pero en realidad, la respuesta está al final: *“si habías de guardar o no sus mandamientos”*. El Apóstol también dice que no debemos mirarnos en masa, mirar al conjunto de los hermanos, de las almas o de las personas que tienen un común denominador. Porque Dios, nuestro Padre, el que creó y el que crea todas las cosas, **nos mira uno por uno**. Y cuando hablamos del más allá estamos hablando del “más acá”, porque allá hay almas y acá también. Esas almas, dice el Apóstol, conservan su personalidad, conservan el sabor de sus fracasos, de sus alegrías, de sus tristezas; son inconfundibles. Nosotros también somos inconfundibles. Entonces, nuestra relación con el Padre tenemos que llevarla adelante a

Iglesia Nueva Apostólica Sud América

Santiago del Estero 1568
C1136ABH Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Tel: 005411 4363-9400 / Fax: 005411 4363-9441
www.inasud.org



partir de esa condición de únicos e irrepetibles delante suyo, a partir de ese conocimiento que tiene el amado Dios de cada uno de nosotros: alma por alma, uno por uno.

La historia de ese pueblo no es distinta a nuestra historia. Sus obediencias y desobediencias, los sacrificios y las traiciones, todas esas cosas que están escritas. El Apóstol de Distrito Passuni siempre decía que en la Biblia está escrito lo que el hombre sintió de Dios. Y lo que le pasó a esta gente no es distinto de lo que nos pasa a nosotros o aquello que nos puede pasar. No es diferente.

Cuando el Apóstol citaba el pasaje de Deuteronomio que hemos leído decía: ¿de qué manera Dios probó a ese pueblo? En el desierto, les hacía bajar el maná como alimento. Algunos dijeron que era un alimento liviano. Claro, probablemente habrían preferido que Dios les bajara un asado, habría estado mejor, una comida más consistente... Pero ellos no habían hecho nada por esa comida. Dios les daba el maná y encima decían que era comida liviana, como si dijéramos: “¿esto me das de comer...?!”. Y el Apóstol decía: a veces nosotros también corremos el riesgo de decirle a Dios: ¿esto me das de comer? ¿Esta palabra me das de comer?

El cuerpo y la sangre de Jesús a veces también se pueden constituir, cuando no estamos bien, en comida liviana. Porque no nos satisface, porque a veces un alma puede estar tan mal que ni el perdón la satisface, ni siquiera el perdón la conforma. Y alguna vez, haciendo referencia a esto, el Apóstol de Distrito Batista decía que a veces, después de participar del perdón de los pecados y del cuerpo y la sangre de Jesús, el corazón nos sigue reprochando. Entonces él dijo: yo te digo que si tu corazón te reprocha, yo soy más que tu corazón. Y son palabras muy intensas, porque probablemente hayamos hecho la experiencia de que aún bajo el servicio del perdón nuestro corazón nos siga reprochando. Pero viene Dios que te conoce y me conoce y dice: a vos te lo digo; si tu corazón te reprocha, yo soy más que tu corazón. Porque el sacrificio de Jesús no tiene límites, es para todos: los de acá y los de allá, los de allá y los de acá. No hay orden de prelación. Y no hay otro camino para encontrar la salvación que el reconocimiento del sacrificio salvífico de nuestro Señor Jesucristo, el Evangelio y de la ley que trajo en medio de los hombres.

Cuando Moisés fue al monte a hablar con Dios, a buscar las tablas de la ley, algunos comenzaron a decir: se tarda mucho, ¿se habrá muerto Moisés? Entonces comenzaron a construir un becerro con un oro que no debían haber tenido. A veces nosotros también decimos: se tarda mucho Dios, no viene, no habla. Otras de las pruebas de ese pueblo (y de este pueblo que somos nosotros), fue que cohabitaran con otros pueblos. Tenían que compartir su vida con otros y allí muchos de ellos tomaron los dioses de esos otros pueblos y le dieron la espalda a Jehová, su Dios. Es como si tuviéramos a nuestro Dios, pero en el barrio donde estamos, en la familia donde estamos, hay muchos que no van a la Iglesia y que tienen otros dioses, que adoran otras cosas. Y esto no es para el escándalo, hermanos. A veces estamos muy cerca de adorar a otras cosas. Siempre me acuerdo de la primera vez que salí de testimonio con un Diácono; lo primero que te decían en aquel tiempo era: “si yo no te doy lugar, no decís nada. Mirá todo y hacé la oración”. Y así íbamos, con esa premisa. Entonces uno miraba y a veces encontraba en un estante, en la alacena donde estaban los libros, un elefantito que en su trompa tenía un billete... A veces los otros dioses están mucho más cerca de lo que nosotros creemos. Ni hablar de aquellas cosas que a veces nos ponemos encima o que atamos al caño de escape del coche.

Este pueblo se había dado a adorar a otros dioses. Entonces Dios permitió que el rey de Babilonia llevara cautiva a buena parte del pueblo. Pero en esa cautividad, Dios volvió a tener misericordia del pueblo y allí, por el profeta, dice estas palabras: “*Como reconoce su*



rebaño el pastor el día que está en medio de sus ovejas esparcidas...". Y acá hay una palabra fuerte: "esparcidas". Esparcidas quiere decir una por acá, una por allá, otra por el otro lado. No están todas juntas. "Así reconoceré mis ovejas, y las libraré de todos los lugares en que fueron esparcidas el día del nublado y de la oscuridad".

Uno de los problemas más grandes que se habían suscitado en el cautiverio bajo el rey de Babilonia era que no tenían templo donde ofrecer los sacrificios. Es como si no tuviéramos lugar donde ofrendar, es como si estuviéramos esparcidos. No se trata de estar esparcidos materialmente, sino espiritualmente. El corazón es el que está esparcido, la voluntad, un poco por allá, un poco por acá. A veces sí, a veces no. Acá habla de un pueblo esparcido y de una promesa; de que ese Dios, como el pastor que reconoce a sus ovejas, abre sus puertas y las va a ir a buscar una por una, a las del más allá y a las del más acá.

Decíamos que uno de los problemas era que no tenían dónde ofrecer sacrificios. Y probablemente el amado Dios los haya juntado para que después pudieran volver a construir el templo, para probarlos, para ver si entonces y después de esas condiciones, eran capaces también de traer las ofrendas delante del amado Dios.

En Lucas, en el capítulo 15, se refiere a lo que siente el buen pastor. Y no son cosas solamente bíblicas... Una vez conté que mi familia materna es del campo y yo iba mucho, en la provincia de Santa Fe. Me acuerdo que iba con mi tío por un camino rural, con la camioneta. Iba contando las vacas, íbamos despacito, a 5 km por hora. Desde el camino se veían. Y si en total eran 23, a veces contaba 22. Entonces paraba, volvía para atrás y empezaba de nuevo a contarlas. Alguna vez contaba 21, entonces nos bajábamos, cruzábamos el alambrado y comenzábamos a caminar por el campo. Porque él tenía 23 y si contaba 21, le faltaban dos. Entonces ahí descubría que tenía una que estaba echada, que tenía una que estaba bajo los árboles o que había una que estaba lastimada. Pero siempre me acuerdo que bajábamos para ver si faltaba una. No se despreciaba si faltaba una.

Este sentir que hay en un hombre que vela por lo que tiene, no nos debería extrañar. No porque se genere en el hombre, se genera en Dios. Pero tampoco nos debería ser algo extraño que el amado Dios conozca a su rebaño uno por uno. Dice en Lucas, en el capítulo 15, en los versículos 3 al 7:

"Entonces él les refirió esta parábola, diciendo: ¿Qué hombre de vosotros, teniendo cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va tras la que se perdió, hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, la pone sobre sus hombros gozoso; y al llegar a casa, reúne a sus amigos y vecinos, diciéndoles: Gozaos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido..."

Porque el valor que tenemos para Dios es individual. Las almas son para Él inconfundibles.

El Apóstol hace referencia al rebaño de los bautizados. Conoce su rebaño, el rebaño de los bautizados, aquí y allá; la palabra es para aquí y allá. Porque cuando recibimos el Bautismo con agua y en nombre de la Trinidad, entonces es como que le damos un sí al amado Dios. Establecemos esa relación, del lado nuestro, esa relación de pertenencia. Y después recibimos el Bautismo del Espíritu Santo. Entonces estos dos elementos, el Bautismo de agua y el don del Espíritu Santo, conforman las condiciones básicas para que en cada uno puedan empezar a generarse las condiciones básicas para una primicia. Son como dos ingredientes para una misma masa. Si no existieran, no podrían ser. Después, eso hay que trabajarlo.



De ese rebaño dice que, estando bautizados, “se apartaron”. Y, de vuelta: no es para establecer juicio. Porque a veces también nosotros nos apartamos, no porque no venimos, sino porque no estamos. A veces podemos venir, pero no estar. A veces en casa cuando vienen los chicos, están todos con su celular, ¿vieron? Entonces están en la mesa y en un momento, no sé cuándo, empieza cada uno con su celular. Uno se puede apartar de muchas maneras. Puede venir a la Iglesia, pero no estar en la Iglesia. Uno se puede apartar cuando está todo bien, pero hay algunas cosas que no... Como si estuviéramos de acuerdo con los mandamientos, pero con algunos no. Entonces le vamos poniendo “una letra chica” a la elección de gracia de Dios.

Dios es el que elige. Y esas almas que quizás ignoran esta elección, están aquí y allá. Porque ignorar la elección no es una cosa de un día para siempre. A veces ignoramos la elección en un instante. El Apóstol Mayor decía que no vamos a ser sometidos a ninguna tentación que no sea humana. Y que Dios va a dar las fuerzas. Entonces no es que nos vienen a tentar de otra galaxia con algo que exceda nuestras fuerzas. “Dios no tienta ni es tentado de ninguno”, dice la Escritura (comparar con Santiago 1:13).

También el Señor reunirá a aquellos que, estando bautizados, que conforman su pueblo, se han apartado. Dice el Apóstol: “también los que viven lejos”. Se trata de los que viven lejos de la comunión. Porque a veces podemos venir, estar, pero tenemos algunas reservas. Comunión es sentir lo mismo y entender lo mismo. Cuando sentimos y entendemos, juntamos estas cosas que parecen que son tan distintas, porque una tiene que ver con los sentimientos y la otra parece que tuviera que ver con la razón, lo que se siente y lo que se entiende. Pero tiene que ver todo con el corazón. Porque la palabra la colocamos primero en el corazón y cuando podemos entender con nuestros sentimientos, cuando podemos entender lo que le pasa al otro, lo que le hace falta al otro... Porque la circunstancia, la pena, el dolor, la tristeza o cualquier cosa, aun la alegría, no tiene un peso absoluto, no hay “un metro de tristeza”, no hay “un kilo de alegría”. Cuando uno está con los pensamientos y tiene que llevar cinco kilos de algo y si no está de acuerdo en llevarlo, cuando llega a la esquina dice “estos cinco kilos no pesan cinco, pesan quince”. Cinco de la materia que lleva y diez de la carga que tiene en la cabeza de “¿por qué tengo que llevar estos cinco kilos?”. Las circunstancias tienen un peso relativo, que es lo que cada uno puede llevar y siente que lleva. Pero el amado Dios conoce a cada uno, somos inconfundibles. Dios no se olvida de nosotros, ni se olvida de su rebaño, ni de los de más acá, ni los del más allá.

Dice acá: “y la libraré de todos los lugares donde fueras esparcidas”. Entonces dice en Juan, en el capítulo 10, en el versículo 16:

“También tengo otras ovejas que no son de este redil; aquéllas también debo traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño, y un pastor”

Entonces, en esa tarea que nos fue encomendada a cada uno, no solamente para estos días o para este día de ese Servicio Divino en ayuda a los amados difuntos, sino para cada día, dice el Apóstol: “no juzgamos por las apariencias”. No buscamos la comunión con aquel que es igual a mí. Porque a veces juntamos por apariencias, por conveniencias... Y el amado Dios nos busca a todos. Abrió las puertas para que todos los hombres puedan alcanzar la gracia.

Dice luego: “Jesús va hacia el hombre, sin reproches”. A veces estamos paralizados en nuestra vida, esperando que Dios haga algo. Y de lo que nos tenemos que enterar es de que Dios ya hizo: ahora nos toca a nosotros. A veces cuando estamos en una ronda de mate alguno pregunta: “¿A quién le toca ahora?”. A nosotros nos toca. A nosotros, a cada alma de



las que están en el redil, a los bautizados que están esparcidos, a los bautizados que no están esparcidos, pero también a esas otras almas. **Forma también parte de ello que el amado Dios espera: que podamos acercarnos a las almas que están lejos.** Y seguramente sería más fácil ir en búsqueda de aquellos que no conocemos, pero probablemente el amado Dios espere que vayamos por aquellos con los cuales estamos distanciados.

¿Vieron cuando a uno lo invitan a una fiesta de 15, o un casamiento, que están las mesas y hay una persona en la puerta que tiene la lista de quién se sienta en cada mesa? Cuando uno llega, da el apellido y nos dicen: “Se sienta en la mesa 1, en la mesa 8, en la mesa 10...”. Y uno espía para ver quién está en esa mesa, porque: “Si tengo que pasar toda la fiesta con este que es tan aburrido, o con este que me hizo esto...”. ¿Nos iríamos de la fiesta? Si viene el Señor, ¿nos iríamos de la fiesta? ¿O nos sentaríamos con quien nos tengamos que sentar? Porque **juntos vamos al encuentro del Señor.** Es fácil perdonar al que no nos hizo nada, es fácil perdonar al que no conocemos, es fácil perdonar al que está lejos. Pero el ejercicio del perdón, el ejercicio de acercar a las almas al altar tiene que ver con el que está cerca. Nos tenemos que probar en el punto crítico, si somos capaces de perdonar el dolor reciente. Entonces, como fue manifestado por el Apóstol, perdonar, se perdona y no se habla más. ¿Nosotros sabemos lo que es no hablar más? No hablamos más porque no hay nada más en el corazón para hablar del tema. Porque cuando sacrificamos algo a los pies del altar se sacrificó y listo, no está más. Dice acá: “Él las integrará a la comunidad, Él las apaciguará como el Buen Pastor”. A veces puede surgir el sentimiento en el corazón de: bueno, pero ¿es tan fácil? Entonces puedo hacer cualquier cosa y el día que tenga ganas voy, me arrepiento y listo...

Somos inconfundibles, cada uno tiene un proceso, un tiempo y los ojos del amado Dios están sobre nuestras almas y nuestros oídos. No nos tenemos que preocupar de cuánto le cuesta al otro vencer sino que tenemos que abrir las puertas y los caminos para que el otro pueda vencer. Tenemos que allanar el camino que va del corazón al corazón del otro. Ese es nuestro trabajo.
